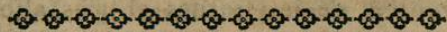


niado, no vuelve injuria por injuria; al contrario, lleno de mansedumbre, dice: yo no estoy poseido del demonio; honro sí á mi Padre, predicándoos la verdad, y vosotros me deshonrais con calumnias. Yo no busco mi propia gloria; correspondo á mi Padre celestial buscarla, y juzgar del agravio que me habeis hecho. Dios es el principal agraviado en la calumnia que padeceis; dexad pues á Dios la venganza, que juzgará á cada uno según sus obras. Entre tanto amaos vosotros mutuamente; amaos en Dios, por Dios y para Dios; condonaos las injurias, y de las que habeis cometido, pedid perdón al Señor, diciéndole con corazón contrito y humillado: Señor mio Jesucristo &c. DIXE.



SERMON
DE MANDATO.

Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum Ego feci vobis, ita et vos faciatis. Joann. XIII. 15.

SEÑORES:

La augusta ceremonia que acabais de presenciarse, examinada á la luz de la fe, bastaria por sí sola á humillar vuestro espíritu delante de Dios, y á encender vuestro corazón en el fuego de su caridad. Aun las palabras con que el evangelista refiere este hecho, que fue sin duda uno de los mayores espectáculos de

la historia de nuestra religion, son capaces de inspirarnos el mas alto menosprecio de nosotros mismos, y el mas tierno amor á todos nuestros hermanos. Sabiendo Jesus, dice san Juan, que ha venido su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazon de Judas, hijo de Simon Iscariotes, que lo entregase: sabiendo Jesus que el Padre le habia dado todas las cosas en las manos, y que de Dios habia salido, y á Dios iba; se levanta de la cena, se quita el manto, y tomando una tohalla, se la ciñó; echó despues agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies de los discípulos, y á limpiarlos con la tohalla.... y despues que les hubo lavado los pies y tomado su ropa, volviendo á sentarse á la mesa, les dixo: ¿sabeis lo que he hecho con

vosotros? Vosotros me decís Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo el Señor y Maestro os he lavado los pies, vosotros tambien debéis lavar los pies los unos á los otros. Exemplo en efecto os he dado, para que como yo he hecho á vosotros, vosotros tambien hagais. En verdad os digo, que el siervo no es mayor que su Señor.... Un mandamiento nuevo os doy; que os ameis los unos á los otros, así como yo os he amado... en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros.

¿Quién por este razonamiento de Jesucristo no conoce el espíritu de humildad y de caridad que le animaba, y el ardiente deseo que tenia de que le imitásemos en estas dos virtudes, fundamento y complemento de todas las demas? En vano pues me cansaria yo en discurrir asunto diferente, quando el mismo Salvador nos convida con su exemplo á ser

humildes, y nos intima el precepto de ser caritativos. Hé aqui la materia y division de un breve discurso, objeto de vuestras atenciones, y de mis endebles conatos. Imploramos las lucés del Espíritu Santo, postrándonos con sumision ante aquel augusto tabernáculo, donde venera nuestra fe al Unigénito de Dios, lleno todo de amor por la salud del hombre, y como en rehenes para satisfacer por nuestras culpas, y borrar con su preciosa sangre el decreto de nuestra condenacion. Pidámosle con fe viva encienda en nuestro corazon aquel fuego divino de caridad que vino á traer al mundo, para que se renueve hoy su gloria en el templo de nuestras almas. Saiudemos á este fin á su dolorosa Madre, diciéndola con el ángel. *Ave Maria.*

Exemplum enim dedi vobis &c.

Para dar á conocer á todo fiel cristiano su estrecha obligacion de ser humilde, no es necesario detenerme á ilustrar la materia con toda la extension de que es susceptible. Las pruebas de esta verdad son tantas, tan repetidas é inculcadas en las divinas escrituras y en los padres de la Iglesia, que sola su enumeracion me llevaria muy lejos, haciéndome exceder los límites de un breve discurso, que exígen las circunstancias del día. Prescindo pues por ahora, que la humildad está en el número de los preceptos evangélicos; que la necesidad de practicarla se funda en una ley divina, que la ordena; prescindo de que sin ella no hay verdadera virtud; prescindo de que para salvarse no

es menos necesario ser humildes que ser cristianos, porque el espíritu del cristianismo es espíritu de humildad, y de negacion de sí mismos. Ni me detendré á manifestaros con testimonio de los padres de la Iglesia, que la humildad nos preserva de los vicios, conserva las demas virtudes, y atrae la gracia de Dios como la piedra imán atrae el fierro. Solo quiero considereis la humildad de Jesucristo, que es el exemplar que él mismo nos propuso para nuestra imitacion al tiempo de executar esta augusta ceremonia. Cotejemos su inefable grandeza con nuestra vileza propia, lo cual basta para humillarnos hasta el polvo de la tierra.

¿ Quién es, señores, el que admirais humillado á los pies de sus discípulos? ¿ No es el Soberano de la naturaleza, Criador del cielo y de la tierra, y de todos los seres visibles é invisibles? ¿ No es aquel

Dios grande, á quien vieron los profetas sostener con tres dedos toda la masa de la tierra, pesar los montes, extender como un hermoso pavellon los cielos, y poner límite con su precepto á las aguas? ¿ No es el augusto personage, cuyo trono es mas brillante que el astro de la mañana, desde el cual, segun David, debia pisar algun dia la dura cervíz de sus enemigos? ¿ No es el Dios magnífico, á quien vió el Real profeta alzado monarca sobre la montaña de Sion, exerciendo su dominio de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia, recibiendo los debidos homenages de todos los soberanos y los pueblos? ¿ No es el Dios inmortal, á quien vió Daniél acercarse al mas anciano de los dias, y recibir de su mano una potencia eterna, y un reino inmutable, compuesto de todas las naciones del mundo? ¿ Aquel á quien vió Isaías

nacer de una Madre Virgen, para ocupar un trono celestial? ¿No es el que vió S. Juan, que sobre sus vestidos y su persona misma tenia el glorioso título de Rey de reyes, y Señor de los que dominan? ¿No es aquel personage, cuyo soberano imperio, reconocido por S. Pablo, exclama lleno de admiracion: ¡ó Dios mio! Vos habeis puesto baxo sus pies todas las cosas, dándole un nombre superior á todos los nombres, á cuya presencia deben prostrarse los cielos, la tierra, y los abismos?

¿No son estos, os ruego, otros tantos títulos de la esencial é incomparable grandeza del Unigénito de Dios, hecho hombre por nuestra salud? Sin embargo, á pesar de su excelencia suprema, y de ser mas elevado que los cielos, nos dió durante su vida mortal continuas lecciones de la mas profunda humildad, ya de palabra, ya con su exemplo:

de palabra, cuando nos dice en su evangelio: aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón: el que se ensoberbece será humillado, y el que se humilla será ensalzado; porque el Señor depuso á los soberbios de su trono, y exáltó á los humildes. Asi el que quiera ser el primero, sea el último, y ministro de todos; pues el que se humillare como este párvulo, será el mayor en el reino de los cielos. Con estas y semejantes sentencias intimó Jesucristo la humildad á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros.

Mas porque ninguno juzgase que imponiendo graves cargas sobre los demas, se desdeñaba llevarlas él mismo (á imitacion de los *fariseos*), se dignó ser el primero en acreditar el espíritu de humildad y de mansedumbre con su exemplo. Acercaos á la cueva de Belén, y veréis reducido á una pequeña estatura el Inmenso, y hecho párvulo el Dios excelso: re-

clinado en un pesebre el Criador del cielo y de la tierra: envuelto en viles paños, y expuesto á las injurias del tiempo el Rey de la gloria. Caminad en espíritu al templo de Jerusalén, y veréis al impecable por esencia sujetarse humildemente á la ley de la circuncision, como si fuese un pecador. Acompañadle fugitivo de la crueldad de Herodes por desiertos y soledades hasta llegar á Egipto, expuesto á las incomodidades del camino, á la hambre, al frio y á la persecucion.

Pero prescindamos por un momento de todos los actos de humildad que practicó Jesucristo por el espacio de treinta y tres años hasta el último de su afrentosa cruz, para considerar el de la presente ceremonia. ¿Qué mayor humildad que ver arrodillado al Señor de los cielos y la tierra á los pies de unos pobres pescadores, el Maestro postrado ante sus discípulos, Dios ante los hom-

bres? Contemplad, hermanos míos, el portento de humildad de ver á Cristo lavando de rodillas, y enxugando los pies á Judas, este pérfido discípulo, cuyo ingrato corazón, poseido ya del demonio, estaba resuelto á entregarle á sus enemigos. Adorada sea, ¡ó amabilísimo Redentor! vuestra incomparable mansedumbre y humildad.

Si Jesucristo pues, á pesar de su infinita grandeza y excelencia, se humilla tanto para darnos exemplo, ¿qué excusa podremos alegar nosotros en medio de nuestra propia vileza para dexarle de imitar, como nos ordena en su evangelio? ¡Ah! ¿quién es el hombre, señores? ¿ó en qué funda su soberbia el lodo, el polvo y la ceniza? Reconoced, hijos de Adán, vuestro origen. Aunque sea tan admirable la estructura de vuestro cuerpo, como obra del supremo Artífice, si se mira con atencion, se hallará que dexó gra-

bada la humillacion en su centro, como lo testifica por Miqueas: *humiliatio tua in medio tui*. Por mas bellas calidades que os adornen, debeis, como el santo Job, llamar padre á la corrupcion, madre y hermana á los gusanos: *putredini dixi: pater meus es: mater mea, et soror mea vermibus*. Avergonzaos pues de vuestro origen, os diré con S. Bernardo: ni perdais de vista que sois polvo, y en polvo os habeis de convertir.

Por lo que hace al alma, dice un sabio, aunque inmortal, espiritual, y hecha á imágen de Dios, ¿cuántos motivos de humillacion no nos presenta? ¿No debemos confesar todos con David: *hé aqui he sido concebido en iniquidades, y mi madre me concibió en pecado?* ¿Qué estímulo mas poderoso para humillarse? ¿Cómo puede subsistir vuestro orgullo, si atendeis á este origen infecto de vuestra alma, manchada con un

pecado, que desde vuestra misma concepcion la hizo enemiga de Dios, y objeto de su ódio, indigna del cielo, y solo apropósito para el infierno?

Añadid á esta vileza original los pecados sin número con que la habeis manchado desde que entrasteis en el uso de la razon. ¿Quién de vosotros podrá decir (sin mentira y arrogancia temeraria), mi corazon está puro, yo estoy limpio de culpas? ¿Quién ignora los castigos y confusion vergonzosa á que le hacen ellas acreedor en el juicio de Dios? ¿Quién sabe si os arrepentiréis, y resucitaréis á la vida de la gracia? ¿Y en caso de haber resucitado, ¿quién sabe si permanecerá mucho tiempo en gracia? ¿Quién sabe si obtendrá de Dios el dón de la perseverancia? Y sin perseverar hasta el fin, ¿quién se salva? sin salvarse, ¿quién no es un vaso de ignominia, de oprobrio y de menosprecio? ¿En qué

fundais pues vuestra soberbia y orgullo? ¿Ignorais que Dios resiste á los soberbios; que reprueba la sabiduría de los sabios orgullosos; que condena la prudencia de los prudentes segun la carne, y que solo exalta á los humildes? Humillaos, os ruego con S. Pedro, humillaos baxo la mano poderosa de Dios, y á presencia del exemplo de Jesucristo, para que os exalte en el tiempo de su visita; es decir, en el de su terrible venida á juzgar vivos y muertos, para dar á cada uno el premio ó castigo segun sus obras.

II. Ni para estar á cubierto de la ira de Dios os debeis contentar con ser humildes de corazon, á imitacion de Jesucristo. Es necesario tambien que seais caritativos, no solo para cumplir con el nuevo mandato que os impone, sino para dar á conocer que sois sus verdaderos discípulos; porque segun el espíritu del evangelio, no debe reputarse tal

el que no tiene caridad con su hermano. En efecto, esta es la virtud principal de la religion, el alma y nervio del cristianismo, ó por decirlo de una vez, es la plenitud y complemento de la ley, como se explica S. Pablo: y S. Juan dice expresamente, que el que dice ama á Dios sin amar á su prójimo, es un mentiroso, porque si no tiene amor á su hermano, á quien ve, ¿cómo amará á Dios, á quien no ve? Aunque unos oráculos tan expresos debian bastar para convencer á todo fiel cristiano de su estrecha obligacion de observar el precepto de la caridad fraterna, quiero no obstante reflexeis por un momento, que Jesucristo os lo manda, os dió exemplo, y fulmina contra vosotros la mas terrible sentencia en caso de contravencion.

Un mandamiento nuevo os doy, nos dice por S. Juan; á saber, que os ameis los unos á los otros; y

por S. Mateo: yo os digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os calumnian y persiguen. Esta vino á ser como la última voluntad de nuestro amabilísimo Salvador, inculcada solemnemente, y varias veces en su evangelio, manifestada á sus discípulos poco antes de engolfarse en el alto mar de su pasión, y próximo ya á partirse á su Padre celestial, encargándoles su exácto cumplimiento, como una condicion precisa para ser conocidos por sus verdaderos discípulos. ¿Quién osará, señores, resistir á un mandato expreso de Cristo nuestro bienhechor, nuestro Dios y nuestro Padre? ¿A quién no moverá el exemplo de este hombre Dios, que por nuestro amor y salvacion se dignó venir al mundo cuando eramos sus enemigos, y objetos solo de su cólera? ¿Qué otra cosa que su amor al hombre, y el deseo de redimirle de la esclavitud

del pecado, que le constituía su irreconciliable enemigo, le hizo tomar nuestra naturaleza, nacer en un humilde establo, sufrir la persecucion de Herodes, pasar innumerables trabajos desde su mas tierna infancia, hasta morir afrentosamente en una cruz cubierto de calumnias? ¿No fue su amor á los hombres, aun á sus mayores enemigos, el que le hizo exclamar desde el patíbulo: Padre mio, perdónalos, que no saben lo que hacen, hablando de aquellos mismos, que tan sin humanidad le crucificaban? Aun sin salir de la augusta ceremonia del dia, ¿qué otra cosa que el amor al hombre le hace arrodillarse á lavar los pies á sus discípulos, sin excluir los de su pérfido enemigo Judas, que iba prontamente á venderle, y entregarlo á los ministros de la sinagoga? Últimamente, ¿no fue su inexplicable caridad con los hombres la que le sugirió en esta misma ocasion el in-

genioso medio de quedarse con ellos en aquel augusto Sacramento de nuestros altares, para servirles de alimento, de proteccion y de consuelo hasta la consumacion de los siglos? Atended pues, señores, á vuestro Maestro y Xefe, como se explica santo Tomás de Villanueva, considerad cuántos beneficios hace á sus enemigos: si sois de la escuela del Salvador, ¿porqué no seguís al Profesor? En vano os gloriais del nombre de cristianos, dice S. Agustin, si no imitais á Cristo.

Ademas, ¿no es de fe que con la medida que midiereis habeis de ser medidos? ¿No es igualmente de fe, que si no teneis caridad de vuestros hermanos, no tendrá Dios misericordia de vosotros? Si no perdonáreis á los hombres, dice Jesucristo, tampoco el Padre os perdonará vuestros pecados. Vosotros sereis privados, como se explica un padre de la Iglesia, del perdon, de la gracia

y de la gloria. Si os falta la caridad, ni los ayunos, ni las oraciones, ni las penitencias, ni las limosnas serán meritorias de la vida eterna; porque sin la caridad nada aprovecha, nada somos, segun el idioma de S. Pablo.

Formad, señores, os ruego, una idea justa de la religion que profesamos. Penetrad el espíritu de estas augustas ceremonias, que la Iglesia os presenta para ponerlos á la vista la humildad y la caridad de Jesucristo, que él mismo nos recomienda de palabra y con su exemplo. El Señor salvará, dice David, á los humildes de espíritu; su oracion penetrará las nubes, segun la expresion del eclesiástico. El mismo Salvador nos ordena ser mansos y humildes de corazon, y nos reconviene con su exemplo en el acto del lavatorio: humillaos pues baxo su mano poderosa, para ser exáltados en su presencia. Ni olvideis jamas el ri-

guroso mandamiento que os impuso en esta hora, de que os ameís los unos á los otros, asi como él os ha amado; pues en esto conocerán todos que sois discípulos de Jesucristo, si reináre la caridad entre vosotros. Cese pues desde este momento para siempre vuestra altivez y soberbia; cesen vuestras enemistades y discordias, á presencia de un Dios hombre humillado á los pies de unos pobres pescadores; reine el espíritu de amor y caridad de Jesucristo en todos los corazones. Llegad, hermanos míos, á pedir estos preciosos dones á nuestro amabilísimo Redentor, que os espera con paternal ternura en aquel trono de clemencia; decidle con espíritu de compuncion y de dolor: Señor mio &c. DIXE.



SERMON
DE PASION.

*Expedit ut unus moriatur homo pro
populo, et non tota gens pereat.*
Joann. XI. 50.

UN Dios incommutable, eterno, inmenso, figura de la substancia del Padre, esplendor de su gloria, viva imágen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre, y el Espíritu Santo; un Dios humanado, Pontífice de los futuros bienes, y eterno Sacerdote segun el orden de Melquisedech, que por su amor á los hombres y por nuestra salud cargó so-